

Juan Manuel Pérez Piñero

Muestra

¿Y DESPUÉS DE LA MUERTE?

LA VIDA EN PLENITUD

Reflexiones ante la muerte de un ser querido

Liber
Factory

Juan Manuel Pérez Piñero

¿Y DESPUÉS DE LA MUERTE?

LA VIDA EN PLENITUD

Reflexiones ante la muerte de un ser querido

Liber
Factory

© Obra: ¿Y Después de la muerte? La vida en plenitud

Primera edición: Febrero, 2021

© Autor: Juan Manuel Pérez Piñero

ISBN: 978-84-18624-31-5

Depósito Legal: M-6622-2021

Maquetación: Pablo Casado Fernández

Diseño de cubierta: Pablo Casado Fernández

Imagen de cubierta: Juanra Alvarez.

© Editado por LIBER FACTORY www.liberfactory.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.

C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es

www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Contenido

PRÓLOGO.....	11
1.- UNA FE QUE BUSCA CRECER	19
2.- INTERROGANTES QUE SUSCITA LA MUERTE	25
3.- NECESIDAD DE UNA PALABRA SUPERIOR	29
4.- ¿POR QUÉ LA MUERTE?	31
5.- EL SUFRIMIENTO.....	37
6.- EL BUEN PASTOR	41
7.- ¿CÓMO SERÁ LA CASA DE DIOS?	45
8.- DIOS ES NUESTRO DESTINO.....	49
9.- HACIA EL DIOS DE LA VIDA.....	53
10.- COMPARTIR LA MUERTE DE CRISTO.....	57
11.- DOBLE ENCUENTRO CON EL SEÑOR.....	61
12.- ES COSA QUE YA SABEMOS.....	65
13.- EN TODAS LAS CULTURAS	69
14.- VEREMOS A DIOS CARA A CARA.....	73
15.- DIOS SÍ TIENE FUTURO	79
16.- PREPARACIÓN PARA LA MUERTE	83
17.- ¿SON POCOS LOS QUE SE SALVAN?	89
18.- LA UNCIÓN, SACRAMENTO DE LOS ENFERMOS.....	93
19.- OTROS SACRAMENTOS QUE RECIBEN LOS ENFERMOS	99
20.- ¿QUÉ HACER AHORA? ACUDIR AL SEÑOR.....	105
21.- DAR GRACIAS A DIOS	111
22.- EL CEMENTERIO.....	115
23.- LOS TRES OBJETIVOS DE LA CELEBRACIÓN	121
24.- LA SOLIDARIDAD CRISTIANA.....	125
25.- JESUCRISTO ANTE AL MUERTE DE UN AMIGO.....	129
26.- INTERÉS COMÚN POR LA SALVACIÓN	133
27.-LA EUCARISTÍA, SACRIFICIO DE LOS CRISTIANOS.....	137
28.- SOMOS UNOS PEREGRINOS.....	143
29.- CON NOSOTROS VA EL SEÑOR.....	147

30.- LA EUCARISTÍA, UNA NECESIDAD	153
31.- LA SEGUNDA VENIDA DEL SEÑOR	159
32.- LAS VENIDAS INTERMEDIAS	165
33.- UNA GRAN NOTICIA: ¡SE TERMINÓ LA MUERTE!	169
34.- MIEMBROS DE UN MISMO CUERPO	175
35.- Y ASÍ ESTAREMOS SIEMPRE CON EL SEÑOR.....	179
36.- MIRAR AL CIELO	183
37.- MORIR EN LA IGLESIA CATOLICA.....	191
38.- LA PARROQUIA, UNA GRAN FAMILIA	197
39.- EN EL CASO DE UNA MUERTE INESPERADA.....	203
40.- EN EL CASO DE UN SUICIDIO.....	209
41.- EN EL CASO DE UN COLABORADOR DE LA IGLESIA.....	217
42.- EN EL CASO DE UNA PERSONA CON DISCAPACIDAD FUNCIONAL.....	221
43.- EN EL CASO DE UN MIGRANTE	227
44.- EN EL CASO DE CORONAVIRUS.....	233
45.- LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE EN ADVIENTO	239
46.- LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE EN NAVIDAD	243
47.- LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE EN CUARESMA	249
48.- LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE EN PASCUA.....	255
49.- LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE EN EL DOMINGO	261
50.- GRACIAS, SANTA MARÍA DE CANDELARIA.....	267

PRÓLOGO

«(...) Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señoríos,
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos;
y llegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos. (...)»

Jorge Manrique (*Coplas por la muerte de su padre*. III
Copla.)

Me parece oportuno comenzar con estos versos de la extraordinaria copla de Jorge Manrique que han quedado cincelada en nuestra cultura. Es la descripción de un acontecimiento personal que nos ha de suceder, más temprano o más tarde, a todos, «(...) *que es el morir: (...)*». En esta realidad no hay excepciones. En ella no hay clases ni distinciones. Nos toca a todos. Y la perplejidad que suscita el hecho es también universal.

Con toda razón *Gaudium et Spes* nos ofrece dos párrafos extraordinarios. El número 18 de aquella Constitución Conciliar es un retrato de la realidad: «*El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo.*

La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreducible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano.» Es un fracaso la búsqueda de evitar lo inevitable; es la experiencia más universal de la humanidad.

Pero así no acaba la cita. El Concilio va más allá. Y ya que empezamos copiándola, terminamos la tarea: *«Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado. Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte. Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustiante sobre el destino futuro del hombre y, al mismo tiempo, ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera.»*

A este empeño por reflexionar desde la fe, apoyándose en reflexiones sólidas, pretende responder y aportar esta

publicación que tienes entre las manos, con la esperanza que nos ofrece la revelación cristiana.

Es un grito de esperanza del autor, empapado por la labor pastoral de acompañar a otros en el trance de la muerte y del morir. Por eso quiero agradecerle este fuelle de esperanza que sopla sobre un mar de incertidumbres. El susurro esperanzado que atraviesa todas las páginas de este libro. Además de agradecerle que me haya pedido que le prologue.

Pues ya ves lo que tenemos por delante: cincuenta trozos de una luz que se refleja en el poliédrico espejo de la vida. No parece lo más cómodo hablar de la muerte. Pensar y escribir sobre la muerte le podría parecer a algunos un acto de mal gusto. Es como lo que ocurre en nuestras reuniones superficiales: si queremos que no haya disgusto alguno, lo mejor es no hablar ni de religión ni de política. Estas exclusiones temáticas alcanzan también este tema que, como la misma muerte, está desaparecido del horizonte de nuestras relaciones.

Al menos nosotros tuvimos ocasión de ver duelos en las casas familiares del difunto. Solía ser en la sala del comedor, vaciada de muebles y rodeada de sillas que los vecinos prestaban para la circunstancia. Luego llegaron las criptas, la mayoría parroquiales, a las que le fue ganando terreno las municipales. Ahora la muerte ha desaparecido de nuestros barrios escondiéndose en los grandes tanatorios que prestan el servicio elegantemente.

Pero en cualquier lugar que ocurra y se espere así las 24 horas preceptivas antes del entierro del difunto, la muerte no ha desaparecido de nuestra vida. Ella está siempre ahí con su inevitable presencia. Ya quisiéramos nosotros

2.- INTERROGANTES QUE SUSCITA LA MUERTE

Una de las realidades que despierta interrogantes más profundos es la muerte; porque con la muerte aparentemente se termina todo, se rompe nuestra condición personal, nuestro organismo se para definitivamente, y nuestro cuerpo se deshace en el cementerio o se incinera y se queda convertido en un frasco de ceniza. Y, con todo esto, nos podemos sentir cerca de la nada.

Por eso, en la muerte de un ser querido hay quien se pregunta, a veces muy desconcertado, con acento dramático y desde lo más profundo de sí mismo: "¿aquí termina todo? ¿Y ya no queda nada más? ¿Y tanta lucha, tanto esfuerzo, tanto trabajo y tanto sufrimiento, se queda todo aquí sin más?".

¡Para mucha gente, incluso, para muchos que se dicen cristianos es así!

¡Y nos hacemos muchos interrogantes más, porque, instintivamente, nos resistimos a que todo termine de ese modo tan absurdo. Y hay quien se continúa preguntando otras cosas como estas: "¿Y eso que dicen de que existe el más allá no será verdad? ¿Y lo que hablan de la existencia del cielo y del infierno tendrá algún fundamento?".

¡Preguntas y más preguntas...!

Y es la fe la única realidad que nos ofrece una respuesta adecuada a esos interrogantes tan profundos y desconcertantes. Y la fe no se basa en los descubrimientos de los científicos por importantes que sean, ni en lo que vemos en la TV, ni en noticias del otro mundo, ni en

las averiguaciones de personajes singulares, ni en unas revelaciones personales que Dios nos haya hecho, sino que se basa en lo que Jesucristo, el Señor, nos enseñó a todos. San Juan dice: "A Dios nadie lo ha visto jamás. Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer"(Jn 1, 18).

Jesucristo, el que lo ha creado todo, el que lo ha visto y lo ve todo, es el único "interlocutor competente", como decía San Juan Pablo II. En efecto, en una Jornada Mundial de la Juventud afirmaba el Papa: "En algunas cuestiones, Jesucristo es el único interlocutor competente".

Y en realidad, en unos temas como éstos ¿con quién o quiénes vamos a hablar o a discutir? ¿A quién, sino sólo a Jesucristo, le podemos preguntar? ¿Quién podrá darnos una respuesta satisfactoria sino el Señor?

Este libro trata de responder a esos interrogantes fundamentales que nos presenta la muerte. Página a página los iremos desvelando o, mejor, recordando.

Para comenzar hagamos una especie de síntesis de todo:

Desde los tiempos antiguos, en el mundo griego e incluso romano, se afirmaba la inmortalidad del alma, firmemente afianzados en los principios de la filosofía: "Non omnis moriar" ("No todo morirá") se afirmaba ya en la Roma pagana.

Por eso, los no creyentes están llamados también a una afirmación de la vida después de la muerte: el hombre, por si mismo, no puede morir del todo. No es sólo materia, tiene también alma, y el espíritu no tiene prin-

3.- NECESIDAD DE UNA PALABRA SUPERIOR

Hay ocasiones en las que constatamos de una manera más clara la insuficiencia de las palabras humanas, para expresar nuestros pensamientos y sentimientos. Es lo que sucede con la muerte de un ser querido o de un amigo.

Por eso los cristianos, en circunstancias como estas, sentimos la necesidad de una palabra superior, para llevar a las personas que sufren una expresión de pesar, consuelo y esperanza firme. Y también necesitamos esa palabra, como estamos constatando, para conocer algo del más allá de la muerte.

Los cristianos tenemos la dicha de disponer de esa "palabra superior". Es la Palabra de Dios, la Sagrada Escritura.

No hemos hecho sino comenzar estos temas y ya hemos tenido que acudir a ella en varias ocasiones, señalando algunos textos de la Sagrada Escritura. Sin ella no sabemos nada, no entendemos nada de estas cosas, como decíamos antes.

Ella nos enseña, en primer lugar, que la muerte no viene de Dios, como veremos enseguida.

El cristiano, además, sabe que la muerte consiste en "despojarnos del cuerpo para vivir junto al Señor" como nos acaba de decir San Pablo (2 Cor 5, 8) Y vivir junto al Señor es la dicha suprema, la meta grandiosa, a la que aspiramos, aunque tantas veces suframos y lloremos ante la muerte.

Como dice la carta a los Hebreos: "No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura" (Hb 13, 14). Y nos dice también San Pablo: "somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador, el Señor Jesucristo. Él transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa, con esa energía que posee para sometérselo todo." (Fil 3, 20-21).

Constatamos además aquí que también nuestro cuerpo está llamado a participar en la gloria de los hijos de Dios.

En nuestras celebraciones solemos cantar o recitar una antifona del salmo 129, que expresa muy bien lo que queremos proclamar desde el fondo del corazón: "Espero en el Señor, espero en su palabra".

Ante el sentido cristiano de la muerte, el apóstol nos exhorta a no llorar "como los que no tienen esperanza," (1Tes 4, 12ss.) sino a aceptar la invitación del Señor: "venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré" (Mt 11, 28).

En definitiva, el corazón humano es siempre un misterio, y Dios es rico en misericordia!

Que aprovechemos, en las circunstancias difíciles de nuestra vida, esa "palabra superior", que llena siempre de luz, de fortaleza, de consuelo y de ardiente esperanza nuestra existencia.

Y esto es lo que vamos a hacer a lo largo de estas páginas, en este recorrido un poco largo e intenso por las circunstancias más difíciles de nuestra vida: la enfermedad y la muerte, que, más pronto o más tarde, llegarán para cada uno de nosotros.

6.- EL BUEN PASTOR

Una de la imágenes más atrayentes de Jesucristo es ésta que nos lo presenta como Buen Pastor.

Y ya sabemos lo que hace un pastor: cuida, guía y alimenta a sus ovejas; a todas y a cada una. Y además cura a la enferma y busca la que se ha perdido, etc.

Y se hace particularmente atrayente esta imagen en el tiempo de Pascua, en el que celebramos cada año el Domingo del Buen Pastor, y la Iglesia proclama ese día, exultante de gozo: "¡Ha resucitado el Buen Pastor que ha dado la vida por las ovejas y se ha dignado morir por su grey. Aleluya!".

Meditar sobre la muerte ante la imagen de Cristo, Buen Pastor, despierta en todos y en cada uno de nosotros, notables resonancias.

En el Antiguo Testamento, Israel reconocía y llamaba a Dios el pastor de su pueblo, que les conducía y les auxiliaba en los distintos acontecimientos de su historia milenaria, alegres y tristes como la misma muerte.

El rey era el representante de Dios, Pastor de su pueblo, y era el encargado de conducirlo en medio de su existencia.

El profeta Ezequiel habla de los malos pastores de Israel que desatienden a sus ovejas, se aprovechan de su lana y de su leche, pero no las cuidan, las tienen abandonadas, y anuncia el día en que Dios mismo será el pastor de su pueblo (Ez 34, 10 y ss.).

Y esto se cumple, especialmente, en Cristo, el Hijo de Dios, el Mesías, que cuida con mucho amor de sus ovejas, que no es como un asalariado, que huye cuando viene el lobo, sino que da la vida por ellas.

Desde esta perspectiva, reflexionamos sobre el sentido cristiano del sufrimiento y de la muerte recordando el salmo 22. En este contexto, proclamamos, especialmente: "aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan".

Y cañada oscura es, particularmente, la enfermedad y la muerte; también la de nuestros seres queridos, que nos dejan tantas veces desconcertados, heridos por el zarpazo de la muerte y necesitados del cuidado de Cristo, Buen Pastor.

Y acogemos su palabra que nos dice: "venid a mi los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré" (Mt 11, 28).

Cristo siente lástima de cada persona que enferma y muere porque tiene las entrañas misericordiosas de Dios Padre; "y mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles" (Sal 116, 15).

Y continúa el salmo 22: "Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término".

¡Qué hermoso es todo esto! Qué hermosa es una vida y una muerte así!

Contemplamos aquí como después de la atención y del cuidado, lleno de amor y de ternura, del Buen Pastor en esta vida, nos lleva, después de la muerte, a los mejores prados del cielo, donde compartiremos por siempre

con Él su victoria sobre la muerte, aquella muerte a la que le llevó su infinito amor de Pastor bueno, que se entrega por sus ovejas y no las abandona nunca, ni en la enfermedad y la muerte.

Y con ocasión del fallecimiento de nuestros seres queridos, le pedimos que premie sus buenas obras: toda una vida entregada, tantas veces, al servicio de Dios y de los hermanos, en la familia, en la sociedad y en la misma vida de la Iglesia. Le pedimos también que perdone las faltas que, por debilidad humana, hayan podido cometer en esta vida, que son como las "heridas del camino"; y que, por fin, les conduzca a las verdes praderas de su reino.

Reconocer a Cristo como Buen Pastor y vivirlo es la mayor garantía de nuestra victoria definitiva sobre la muerte.

7.- ¿CÓMO SERÁ LA CASA DE DIOS?

Cuando damos un paseo por las afueras de esta ciudad, nos encontramos con unos chalets preciosos, unos edificios hermosos; muchas veces, rodeados de jardines...

En algunas ocasiones preguntamos o nos preguntamos: "¿quién vivirá en esta casa?" ¡Una reflexión sobre la muerte nos recuerda siempre a los cristianos, el destino grandioso que nos espera!

Si esas casas son tan hermosas, ¿cómo será la casa donde Dios vive?

Hablamos, por supuesto, en términos humanos, que Jesús también emplea, para hablarnos del cielo: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas, si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar" (Jn 14, 2)

Y dice Pablo: "Sino que como está escrito: ni el ojo vio ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que le aman. Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios" (1 Cor 2, 9-10).

Por eso, la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida y en nuestra muerte, es la mejor garantía para un conocimiento muy grande y muy hermoso de "lo profundo de Dios".

Ya sabemos que son muchos los que no saben nada de todo esto, los que no han oído nunca hablar de estas cosas, y por eso, se impacientan y hasta se desesperan en las circunstancias dolorosas de su vida.

Otros tenemos que alegrarnos y darle gracias al Señor por "la dicha de creer" (Lc 1, 45); y miramos al cielo con frecuencia, y deseamos estar en la casa de Dios, y somos muy conscientes de que el cielo nos espera, que ha sido creado para nosotros; y eso nos llena de inmensa alegría, y lo proclamamos en los salmos como cuando decimos: "Vamos alegres a la casa del Señor" (Sal. 121).

Santa Teresa decía:
"Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero".

Pero no basta con saber el destino, con saber de la casa del cielo. Hace falta conocer el camino.

Tomás dice a Jesús: "Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?" A lo que Jesús le responde: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí". (Jn 14, 5-6).

La muerte de nuestros seres queridos, amigos y conocidos y otras realidades de la vida nos invitan a preguntarnos, con frecuencia, si estamos en el camino verdadero. Y también, ¿cómo vamos? ¿Cómo nos conducimos?

Cuando vamos en un autobús nos damos cuenta de la gran preocupación que tiene el conductor por el volante: no lo suelta nunca, gira cuando es necesario, pero siempre lo va moviendo un poco, no sólo para no salirse de la vía, sino también para evitar cualquier tropiezo, para alejarse de cualquier obstáculo, y así realizar una conducción lo más perfecta posible.

¡Algo parecido tenemos que hacer nosotros en nuestro camino hacia la casa del Padre!

13.- EN TODAS LAS CULTURAS

La esperanza en la vida después de la muerte no es sólo propia de los cristianos, sino que, en las diversas culturas y civilizaciones, nos encontramos siempre con distintas creencias en una vida después de la muerte y con una serie de ritos que, de acuerdo con aquella realidad, tienen lugar con ocasión de la muerte.

Constatamos, de esta manera, que el hombre es esencialmente religioso, y, si no practicara los propios cultos y honrara al verdadero Dios, fácilmente terminaría en la idolatría o en otras prácticas alejadas de la propia fe.

Aquí y allá captamos la necesidad y la búsqueda de Dios, muchas veces como respuesta y ayuda a nuestros sufrimientos y dificultades, al dolor y a la misma muerte.

Tal vez podría considerarse universal la profunda aspiración hacia Dios, la sed de Dios, que expresaba San Agustín, y que antes citábamos: "Nos hiciste, Señor, para ti e inquieto estará nuestro corazón mientras no descansen en ti".

En un mundo perfectamente organizado, nos encontramos con "el cosmos" por oposición al "caos", que dicen los filósofos, y se considera que las tendencias innatas y universales deben tener una respuesta adecuada en la naturaleza; es decir, a unas tendencias innatas que se constatan en toda naturaleza humana, tienen que corresponder su cumplimiento característico en Dios creador, que hizo el universo con orden y sabiduría infinitas y admirables.

Y a todas estas creencias y manifestaciones las llama el Vaticano II "semina Verbi", que quiere decir: "semillas del Verbo", formas de pensar y de vivir esparcidas por Dios a lo largo de los siglos en el hombre y en sus diversas culturas y civilizaciones, que anticipan, preparan y disponen a un mayor conocimiento y realización en Cristo Redentor del hombre, que es la plenitud de la revelación que radica en la Iglesia de Jesucristo, y que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Decíamos antes que ya los antiguos pensadores romanos decían: "Non omnis moriar". ("No todo morirá")

Todos sabemos que el hombre ha sido creado por Dios con alma y cuerpo; y a la hora de la muerte, el alma espiritual, al no tener principio de corrupción como la materia, no puede deshacerse ni transformarse, no puede morir, vive para siempre, es inmortal.

Esto se descubrió y desarrolló mucho en la filosofía griega por los más diversos autores y el mismo Pablo se vale de algunas de sus concepciones y expresiones, a la hora de exponer la enseñanza cristiana acerca de la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

La Historia de la Filosofía nos presenta también el esfuerzo del hombre de todos los tiempos, por buscar a Dios y la trascendencia humana después de la muerte, desde su razón natural; y encontramos numerosísimos testimonios de los filósofos a favor y en contra de esta realidad fundamental.

Las antiguas civilizaciones rodeaban la muerte de distintos ritos y celebraciones y nos han dejado sus huellas en sus monumentos mortuorios y otras expresiones características. Recordemos todo lo relativo a las cere-

monias y monumentos de Egipto, especialmente todo lo relativo a sus célebres pirámides.

Podemos recordar también a este respecto, las diversas tradiciones africanas en la relación a la muerte de sus difuntos, como el animismo y tantas otras formas y expresiones, y también todo lo relativo a las religiones orientales como el hinduismo y el budismo.

El mahometismo nos queda más cerca y está muy extendido. Profesa su fe en el único Dios vivo, misericordioso y omnipotente y esperan el día del juicio, cuando Dios recompensará a todos los hombres, una vez que hayan resucitado.

Y más emparentada con nosotros está el judaísmo, en cuanto compartimos con ellos toda la doctrina del Antiguo Testamento.

El Vaticano II trata este tema en la Declaración sobre las Relaciones de la Iglesia con las Religiones No Cristianas, *Nostrae Aetate*, y nos presenta una buena síntesis de todo, cuando dice, por ejemplo, "que los hombres esperan de las diferentes religiones una respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana que, hoy como ayer, conmueven íntimamente sus corazones". Y más adelante añade que el hombre se pregunta también: "¿Qué es la muerte, el juicio y la retribución después de la muerte? ¿Cuál es, finalmente, ese misterio último e inefable que abarca nuestra existencia, del que procedemos y hacia el que nos dirigimos?" (N. Aetate, 1).

50.- GRACIAS, SANTA MARÍA DE CANDELARIA

A la hora de terminar estas páginas, quiero levantar mis ojos y mi corazón a la Virgen Santísima de Candelaria, Patrona de Canarias, en actitud de acción de gracias porque, a través del ella, la luz del evangelio de la resurrección y de la vida llegó a nuestras tierras con mucho vigor.

Antes de que los conquistadores y los evangelizadores llegaran a esta Isla, ella apareció en las playas de Chimisay; y, cuando aquellos llegaron, ya una parte de la población guanche (los primeros habitantes de la Isla), honraban a María, en el misterio de su Purificación, que nos la representa con un cirio en una mano y el Niño Jesús en la otra, es decir, como "luz para alumbrar a las naciones y gloria del pueblo de Israel", como proclamó con voz temblorosa y emocionada el anciano Simeón.

Ella, trayéndonos a Jesús en sus brazos nos ofrece la luz de la fe, también en la resurrección de los muertos y en la vida del mundo futuro.

Después comenzó su recorrido histórico por diversos lugares hasta que llegó al primer santuario, y luego, a la actual basílica.

En nuestra historia secular, no ha dejado de ser un torrente de luz para todos los canarios que la honran como patrona y le cantan así:

Salve, salve, Virgen morenita,
dulce Madre del divino Amor,
clara estrella de esperanza nuestra,
luz que irradia del eterno Sol.

De Canarias, la Patrona excelsa
nuestras islas con fervor te aclaman,
y admirando tu piadoso influjo,
Madre y Reina con amor te llaman.

Tu candela nos ilumina y guía
por la senda de la fe más alta,
como un faro que señala al mundo
los caminos de la eterna patria.

En su basílica ella acoge a todos los canarios y a todos los que habitan en esta tierra, en las más variadas circunstancias, también cuando acuden en busca de consuelo y esperanza, con ocasión de la enfermedad y de la muerte de sus seres queridos.

Allí no deja de proclamarse el evangelio de Jesucristo en toda su integridad, y los fieles acuden, en gran número, a reconciliarse con Dios y con la Iglesia, en el sacramento de la penitencia, y a recibir el pan de vida, garantía de vida y de resurrección.

Además de su fiesta litúrgica del 2 de Febrero, por motivos históricos, se celebra la fiesta del verano, precisamente, el 15 de agosto, Solemnidad de la Asunción, donde la Virgen se presenta como la adelantada de la humanidad nueva, liberada, por fin, del pecado del mal y de la muerte y llena de gloria, como se expresa en sus vestidos y en sus adornos.

Por tanto, la presencia de la Virgen de Candelaria allí es una invitación constante a levantar los ojos al cielo, donde ella vive gloriosa con Cristo para siempre, mientras no cesa de velar con un inmenso amor de madre, por todos los que peregrinamos.